

## MAHATMA GANDHI: PRIMER APOSTOL DE LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS

«Gandhi, que es una increíble continuidad de Jesucristo —señaló uno de sus biógrafos en vida del propio Mahatma (1)—, es el más grande hindú después de Buda. Como Buda, será adorado como un dios cuando muera. En realidad, millares de personas de su pueblo ya lo adoran literalmente. He visto campesinos besando la arena que han pisado sus pies. No resulta fácil imaginar un carácter más difícil o enigmático. Es un tipo escurridizo. No quiero faltar al respeto. Pero consideren algunas de las contradicciones, algunos de los sorprendentes puntos de contraste de su carrera y su carácter. Este hombre que es a la vez santo y político, profeta y soberbio oportunista, desafía las categorías ordinarias. Por ejemplo, su gran aportación a la India fue la teoría y la práctica de la no violencia o desobediencia civil. Pero, al mismo tiempo que creía profundamente en la no violencia, apoyaba a la Gran Bretaña en la primera guerra mundial. El concepto de no violencia es un perfecto ejemplo del uso familiar por Gandhi de armas morales para lograr resultados prácticos, de su combinación de poderes espirituales y temporales. La India, un Estado desarmado, sólo podría hacer una revolución por medios no violentos. La no violencia era un concepto espiritual, pero hizo factible la revolución. También está la cuestión de sus famosos ayunos. Ayunaba simplemente por motivos morales, pero sirvieron a una conveniencia considerablemente práctica, porque inició un ayuno en la cárcel y los británicos tuvieron que dejarlo en libertad. Especie de Houdini etéreo, estaba en situación de escapar de la prisión cuando quisiera, porque los ingleses no aceptarían la mancha de su muerte de hambre mientras estaba recluido. Pero —esto es importante— el propio Gandhi nunca pensó conscientemente en el ayuno como un método para escapar.»

Ciertamente, los retratos que sobre Gandhi se han realizado llevan la impronta de la espiritualidad. Gandhi aparece siempre translúcido, estilizado al

---

(1) JOHN GUNTHER: *Líderes del siglo XX*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1970, página 268.

máximo y como eje viviente de lo sensible. Romain Rolland —que lo conoció muy a fondo— nos ha dejado trazada una perfecta silueta del gran hombre: «Tranquilos ojos melancólicos. Un hombrecito débil, delgado de rostro, de orejas grandes y separadas. Tocado de blanco gorro, vestido con rústica tela blanca, lleva los pies desnudos. Se alimenta de arroz y frutas, no bebe más que agua, se acuesta sobre el suelo, duerme poco, trabaja sin cesar. Su cuerpo parece no contar. Al principio nada sorprende en él más que una expresión de gran paciencia y grande amor. Pearson, que lo viera en 1913 en Sudáfrica, piensa en San Francisco de Asís. Es sencillo como un niño, dulce y cortés hasta con sus adversarios, de una immaculada sinceridad... carece de toda diplomacia, huye del efecto de la oratoria». «He aquí —suma el biógrafo citado— el hombre que ha sublevado a millones de hombres, quebrantado el Imperio británico, e inaugurado en la política humana el movimiento más poderoso desde hace más de dos mil años» (2).

Como Sócrates, nos sugiere otro autor, fue viva representación de su propio pensamiento. Como el apóstol José Martí compartió su suerte con los pobres. Por eso mismo, comenta el escritor Ferrer Canales, «ningún hombre público, laico, de su tiempo y el nuestro encarnó con mayor profundidad la dimensión de la caridad. Apóstol, patriota y visionario fue el orientador espiritual, cívico y político de cuatrocientos millones de hombres. Aquella débil brizna, aquella voz dramatizó la angustia colectiva de un pueblo, replanteó el problema de la falta de soberanía en la India; con la sola fuerza de su amor y de su espíritu, alcanzó la independencia de su patria y se convirtió en héroe moral y en maestro de toda la humanidad».

Gandhi, como muy bien le hubiera gustado subrayar a Giovanni Papini, es uno de esos hombres que, después de muertos, no han dejado jamás de vivir. El paso del tiempo —casi un cuarto de siglo se ha cumplido desde su dramática desaparición— no ha logrado apagar aún el brillo de su aureola y, consecuentemente, como hacíamos notar al comienzo de este comentario, Gandhi sigue vivo para los hombres de su tierra que, en honor a la verdad —aunque lo han intentado repetidas veces—, no han podido encontrar todavía la figura de un líder con quien identificarse plenamente. Un líder que fuese, como lo fue el Mahatma, auténtico servidor y escultor del alma del pueblo.

Gandhi, pues, sigue siendo objeto de detenidos estudios monográficos en los que, casi siempre, se trata de desvelar su extraordinaria fuerza moral. Gandhi, en efecto, tiene gran importancia. La historia de su vida —ha seña-

---

(2) JOSÉ FERRER CANALES: «Gandhi: Evocación del Centenario», *Revista Cuadernos Americanos*, julio-agosto, núm. 4, Méjico, 1970, pág. 50.

Jado John Gunther en un bellissimo libro (3)— es heroica en el mejor sentido de la palabra: «Este hombrecillo pensativo y flexible, que pesa apenas cuarenta y cinco kilos, que va vestido de algodón y se sienta junto a su rueca, se enfrentó con el imperio más grande que se haya visto nunca —un imperio con todos los recursos de energía humana, riqueza acumulada, tradición, habilidad y estrategia administrativa—, y casi lo derrotó. Luchó con el destino y con lo que solía ser más fuerte que el destino: el Imperio británico».

En el libro que el doctor Payne acaba de publicar (4) —una de las biografías más completas que se han escrito sobre el Mahatma— se trata, nos parece, de alcanzar dos objetivos fundamentales, a saber: reactualizar algunas de las tesis socio-políticas a cuya defensa Gandhi consagró su vida entera y, sobre todo, llevar al ánimo de las nuevas generaciones la imagen nítida, sin deformación o pasión alguna del fundador de la doctrina de la no-violencia —doctrina difícil de aceptar si tenemos en cuenta la formulación abstracta de la generalidad de sus principios— (5). A diferencia de otros muchos libros que sobre Gandhi se han escrito, el del doctor Payne exige del lector, entre otras muchas cosas, el poseer una alta dosis de sensibilidad y, al mismo tiempo, una óptima memorización para retener fechas, nombres y acontecimientos diversos. A cambio de este sugestivo ejercicio intelectual el autor nos permite, en no pocas ocasiones, llegar a la total identificación con el proceso vital del Mahatma, es decir, sufrir y alegrarnos con él, penetrar en la intimidad del personaje biografiado y, en definitiva, hacerlo nuestro. El doctor Payne, como gran parte de los lectores españoles saben —hace algún tiempo que se tradujeron algunos de sus libros más significativos (Stalin, Marx, Mao Tsé-tung y Chiang-Kai-Chek)—, se caracteriza por exprimir a fondo la vida de cada uno de los personajes que somete a rigurosísimo análisis. El doctor Payne arroja siempre nueva luz, abre caminos cuya existencia jamás se había llegado a sospechar y, sobre todo, demuestra que la acción política no es, precisamente, la única clave para llegar al conocimiento exhaustivo del líder político. En todo hombre de acción —y los políticos lo suelen ser— palpita también el corazón del hombre con sus aciertos e, igualmente, con sus errores. Ya Ortega y Gasset nos dejó dicho algo al respecto: «La política es un orden instrumental y un adjetivo de la vida, una de las muchas cosas que necesitamos atender y perfeccionar para que nuestra vida personal sufra menos fracasos y logre más fácil expansión. Podrá la política, en algún momento agudo, significar la

(3) JOHN GUNTHER: Ob. cit., pág. 269.

(4) ROBERT PAYNE: *Gandhi*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1971, 588 págs.

(5) FRONSAC, H. CLÉMENT y P. RÉGAMEY: *No-violencia y objeción de conciencia*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1964, 160 págs.

brecha donde debemos movilizar nuestras mejores energías a fin de conquistar o asegurar un vital aumento; pero nunca puede ser normal esa situación» (6).

Con cuanto antecede, en el caso que nos ocupa, queremos decir que la auténtica grandeza del Mahatma Gandhi no radica tan sólo —con ser fuera de serie— en su actuación socio-política, sino que, por el contrario, tras la bambalina del hombre público existe la presencia del hombre individual, concreto e idéntico a sus semejantes. Y esto, en cierto modo, es lo que el doctor Robert Payne ha querido aprehender en este personaje que, efectivamente, escapa a cualquier clasificación humana, puesto que, y no es menester esforzarnos en demasía para demostrar la veracidad de esta tesis, muy pocas son las figuras que resisten —si es que la resisten— la comparación con él. Robert Payne, en la obra a la que nos venimos refiriendo, se apresura a advertir que el Mahatma Gandhi «fue un hombre que vivió en público durante la mayor parte de su vida, comiendo, durmiendo, bañándose, pensando, escribiendo y soñando ante la vista de todo el que se encontrase en su *ashram* o lo acompañase en sus viajes. Pero tales hombres tienen su propia forma de ocultarse. Usaba muchas máscaras públicas y privadas, y algunas veces, como todos los hombres, prescindía de ellas y se mostraba desnudo. Otras veces era hombre travieso, y lo que parecía ser una máscara era a menudo su propio rostro, sonriendo divertido, porque, a fuerza de tretas, había engañado al observador». El autor, naturalmente, admira sin reserva alguna la personalidad de su biografiado. Por eso mismo, afirma, que «en nuestro tiempo hubo dos auténticos genios políticos, Lenin y Gandhi. Dejaron su huella en la historia de tal forma, que es muy probable se les recuerde dentro de mil años, cuando los demás capitanes hayan sido olvidados. Los dos fueron hombres que crearon revoluciones sin ayuda de nadie, pero mientras uno era partidario de la revolución violenta, el otro, empleando armas pacíficas, se decidía por la creación. Uno se vengaba sobre la raza humana, el otro la amaba. Gandhi demostró que la resistencia no violenta era por lo menos, tan poderosa como los cañones; y así abrió la puerta a conquistas más pacientes y constantes. Por su mediación, los hombres aprendieron que ningún Gobierno, ni aun el más tiránico, es inmune a la resistencia violenta en manos de hombres decididos y valientes. Ningún poder de la tierra puede resistir a las conciencias despiertas de los hombres cuando están bien disciplinados y dispuestos a morir por sus creencias. Gandhi estaba dispuesto a morir: esta fue su arma más poderosa».

---

(6) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El espectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1950, página 181.

Quizás, creemos, una de las cualidades más sugestivas de Gandhi, es decir, la que le impidió «quemarse» políticamente, estriba, como con adecuada visión ha señalado el doctor Robert Payne, en el incontenible caudal de proyectos que tenía trazados. «La inmensa mayoría de los hombres que han influido en la historia poseían ideas "de una sola dirección": tenían un objetivo y gastaron sus energías en alcanzarlo. Gandhi tenía varios objetivos. Su objetivo particular era ver a Dios frente a él; ganaría el cielo mediante la tormenta. Su objetivo público era quebrar la soberanía británica y lograr la libertad e independencia de la India. Al mismo tiempo, deseaba llevar a cabo una transformación de la comunidad india, hacerla más digna de su libertad. A sus ojos no era suficiente ser un revolucionario. Debía ser un teólogo, un devoto seguidor de Krishna, legislador, estudiante de la vida de los pueblos, ingeniero sanitario, autoridad en dietética, doctor, defensor de los intocables, plenipotenciario, artífice de la paz y obrero de las salinas. En el pináculo de su fama e influencia, disfrutaba limpiando letrinas. Cuando ya era muy viejo, vagó, casi solo, por territorios donde los hombres se mataban unos a otros, ofreciéndose como un simple sacrificio. Pero la simplicidad huyó de él, y cuando lo derribaron a tiros, ya no era un hombre, sino una leyenda tan enorme que, en aquellos instantes, parecía haber muerto toda una nación o perecido todo un ejército.»

Incansable predicador de la paz, de la serenidad y de la no violencia, supo, sin embargo, prepararse y preparar a su pueblo para la guerra. Y la tesis de su preparación para la guerra era profundamente sencilla: «Creo —afirmaba— que cuando hay que elegir entre la violencia y la cobardía, yo aconsejaría la violencia». Por eso mismo, a Gandhi le encantaba el combate y admiraba especialmente la disciplina monástica del soldado en la línea de batalla. He aquí algunas de sus ideas sobre la vida militar: «Aquellos que puedan cuidarse de sí mismos y llevar una vida regular en el frente, vivirán felices y plenos de salud. La formación que tales hombres reciben no se puede lograr en ninguna otra parte, es decir, si no van al frente sólo para demostrar su valor o para saciar su sed de sangre. Un hombre que va al frente de batalla tiene que formarse a sí mismo para soportar duras penalidades. Está obligado a cultivar el hábito de vivir en camaradería con muchos otros hombres. Se adapta fácilmente a conformarse con una comida sencilla. Se le exige que se ciña a horas regulares. Se acostumbra a obedecer rápidamente y sin discusión las órdenes de sus superiores. Asimismo aprende a disciplinar el movimiento de sus miembros. Y también aprende a vivir en un ilimitado espacio, en consonancia con las máximas de la salud. Se conocen muchos casos de hombres ingobernables y descariados que fueron al frente y regresaron reformados y capaces de dominar su cuerpo y su mente por completo».

El hombre, pues, estima Gandhi, debe aprender a soportar el sufrimiento en cualesquiera órdenes de la existencia. Casi podría decirse, afirma el Mahatma, que en la capacidad para soportar las adversidades radica el auténtico triunfo del ser humano. Así, por ejemplo, «podremos —palabras que cita el doctor Robert Payne— ir a la cárcel donde nos insultarán. Podremos vernos obligados a pasar hambre y padecer calor y frío extremos. Quizá se nos impongan trabajos forzados. Es probable que seamos azotados por mano de unos guardianes o carceleros bestiales. Quizá se nos multé gravemente y se nos arrebaten nuestras propiedades para ser liquidadas en pública subasta si sólo quedan unos cuantos resistentes. Opulentos hoy, mañana podremos estar sumidos en la pobreza. Probablemente seamos deportados. Al sufrir hambre y otras penalidades en la cárcel, algunos de nosotros enfermaremos y moriremos. En resumen, es posible que tengamos que sufrir toda penalidad imaginable, pero la prudencia está en llegar a comprender que tengamos que sufrir eso y mucho más».

Uno de los capítulos más sugestivos del libro de Robert Payne, a nuestro parecer, lo constituye el que el autor consagra al examen de la influencia que sobre Gandhi ejerció el Tolstoi de la última etapa, es decir, el encerrado en una tibia atmósfera de espiritualidad, de misticismo y de renuncia a las veleidades mundanas y, sobre todo, predicando que la gran ley que el mundo necesita es la del amor entre todos los hombres. Efectivamente, se insertan en estas páginas una de las cartas que el escritor ruso envió al líder hindú. De esa bellísima carta —que el doctor Payne reproduce en su libro en su absoluta totalidad— son, precisamente, estas palabras: «Cuanto más vivo —afirma Tolstoi—, y especialmente ahora que siento palpablemente la cercanía de la muerte, quiero decir a otros lo que siento con tanta claridad y lo que para mí tiene gran importancia. Me refiero a lo que se llama "resistencia pasiva", pero que, en realidad, no es más que la enseñanza del amor sin corromperse por falsas interpretaciones. Ese amor, que es lazo de unión de las almas humanas y la actividad que de él se deriva, es la más alta y única ley de la vida humana. En el fondo de su alma, cada ser humano —como lo vemos claramente en los niños—, siente y sabe esto; el niño lo sabe hasta que más tarde queda ahogado por las falsas enseñanzas del mundo. Esta ley se promulgó para todos, para los indios y para los chinos, hebreos, griegos y romanos del mundo. Creo que esta ley fue clarísimamente expresada por Cristo, quien dijo: "Sólo en el amor está toda la ley y los profetas"».

Gandhi, desde la perspectiva política, ofrece un ideario altamente seductor. Trató, con su vida y con su palabra, de matizar el contenido de *la libertad, de la patria, de los derechos humanos, de la intercomunicación con los demás Estados* y, sobre todo, *del destierro de las formas violentas*. En efecto,

Gandhi no dudó en hablar al mundo de la explotación de las masas y declaró, nos dice un autor (7), que «ningún sofisma, ningún malabarismo con las cifras puede ocultar el evidente testimonio de los esqueletos que se ven en gran número de aldeas». Alude al «crimen contra la humanidad, que no tiene igual en la historia», a condenas injustificadas, a los Tribunales donde consciente o inconscientemente se viola la justicia, al sistema de terrorismo, a la supresión de los derechos ciudadanos. Justamente —sugiere un autor—, Winston Churchill e Inglaterra no podían pensar que la India gozara de los derechos constitucionales, inalienables, de los hombres libres; no podían soñar conceder la autonomía del dominio cuando ya los grandes orientadores de la India, los verdaderos patriotas, estaban batallando por la total independencia nacional, por la soberanía del pueblo. En ese mundo moral y político, de miseria y negación del derecho, encontramos al maestro y patriota Gandhi. En ese mundo clama el Mahatma, que es arcilla y sabiduría de la misma India, y que habla la lengua del pueblo: «Abandonad las espaldas de estos campesinos y obreros, todos los que vivís de su explotación —dirá a unos; y a otros—: desembarazaos del sistema que produce esta pobreza y esta miseria. No tengáis miedo.» Su gran sueño, pues, fue el de lograr, a cualquier precio, la independencia. «Creemos —decía— que es inalterable derecho del pueblo indio, como el de cualquier otro pueblo, tener libertad y gozar de los frutos de su esfuerzo, así como cubrir las necesidades de la vida, en forma tal que puedan tener plena oportunidad de desarrollo. Creemos también que si algún Gobierno priva a un pueblo de estos derechos y le oprime, el pueblo tiene derecho a alterar tal Gobierno o a suprimirlo. El Gobierno británico de la India no sólo ha privado al pueblo indio de su libertad, sino que ha basado su Gobierno en la explotación de las masas, arruinando a la India económica, política y culturalmente. Por lo tanto, creemos que la India debe separarse totalmente de Inglaterra y alcanzar *purna swaraj*, o completa independencia.»

En cuanto antecede, ciertamente, tenemos la explicación de la gran compasión que Gandhi sentía por todos los dictadores políticos de la época y, especialmente, por Hitler. «La actitud de Gandhi con los dictadores era de auténtica compasión. Esperaba que los judíos orasen por Hitler, que aún tenía redención.» Sólo Gandhi, naturalmente, pudo ser en su época el apóstol de la no-violencia. Europa vivía en un clima de agresión, de desconfianza, de permanente rebeldía. Al comenzar los años treinta, subraya otro de sus gloriosos (8), su influencia es tan enorme, que la Administración colonial tiene

(7) JOSÉ FERRER CANALES: Ob. cit., pág. 53.

(8) H. S. HEGNER: *Tres asesinatos* (Jaurés, Trotski, Gandhi), Libro Documento, Plaza Janés, Barcelona, 1969, pág. 219.

que contar con él. En febrero de 1931 es invitado a celebrar conversaciones, y el «fakir semidesnudo y levantisco sube (en Delhi) los escalones que llevan al palacio del virrey, para, una vez delante de él, hablar de igual a igual con el representante de Su Majestad, según declara con amargura en la Cámara de los Comunes el antiguo canciller del Tesoro Winston Churchill».

No es exageración alguna el afirmar, y suponemos que no existirán contradictores de esta idea, que el asesinato de Gandhi sacudió al mundo entero, porque el hombre —como ha escrito Robert Payne— había sido más grande que la vida y casi tan grande como la propia India. Cuando Gandhi murió, con él murió una parte de la India. Gandhi había hechizado a toda una nación, cambiándola profundamente al proporcionar a sus hombres un propósito en sus vidas. Mientras vivió, hubo sentido de lucha heroica, de fiera determinación. Cuando murió, se aflojaron las riendas, pues no había nadie que pudiesa hablar con su autoridad. Una época había terminado llevándose consigo una corona. Efectivamente, como se ha llegado a decir, «la India de Gandhi» (9).

El sugestivo apóstol de los derechos humanos estuvo, naturalmente, contra toda forma de discriminación por motivos de raza, color, clase, sexo, nacionalidad. En las luchas entre el capitalismo y el trabajo, estuvo junto al trabajo y frente a todas las formas de señoritismo y la explotación. Por todo ello, su recuerdo perdura y perdurará muchos años más todavía.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

---

(9) ANNE CUBLIER: *Indira Gandhi*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1970, pág. 29.